

EL CAMINO A JERICÓ

por el presidente **Thomas S. Monson**



(Conferencia general de abril de 1977)

Mis queridos hermanos, ruego la ayuda de nuestro Padre Celestial al presentarme ante vosotros para hablaros. Muchos de vosotros habéis viajado miles de kilómetros para asistir a esta conferencia; desde el Norte, y el Sur, del Este y el Oeste, habéis recorrido los caminos hasta llegar a Salt Lake City.

La palabra "camino" es muy interesante. En la generación pasada, la industria cinematográfica presentaba actores como Bob Hope, Bing Crosby y Dorothy Lamour en películas tituladas "Camino a Río", "Camino a Marruecos" y "Camino a Zanzibar". Antes aún, el escritor Rudyard Kipling había inmortalizado otro camino cuando escribió su libro titulado "En el camino a Mandalay".

Esta tarde mis pensamientos regresaron a un camino que se hizo famoso por ser mencionado en una parábola de Jesús. Me refiero al camino a Jericó. Abro la Biblia en el evangelio de Lucas, para que juntos podamos volver a vivir el memorable acontecimiento que hizo famoso este camino.

"Y he aquí, un intérprete de la ley se levantó y dijo, para probarle: Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?

El le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?

Aquél, respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.

Y le dijo: Bien has respondido; haz esto, y vivirás.

Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?

Respondiendo Jesús dijo: Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto.

Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y viéndole, pasó de largo.

Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó de largo.

Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia; y acercándose, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él.

Otro día al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo:

Cuidamele; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese.

¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?

El dijo: El que usó de misericordia con él.

Entonces Jesús le dijo: Ve, y haz tu lo mismo." (Lucas 10:25-37.)

En nuestra jornada mortal, cada uno de nosotros viajará por su propio camino a Jericó. ¿Cuál será vuestra experiencia? ¿Cuál será la mía? ¿Seré yo quien no vea al caído entre

ladrones que necesita mi ayuda? ¿O vosotros? ¿Seré yo quien vea al lastimado y oiga su súplica y aun así pase de largo? ¿Seréis vosotros? ¿Seré yo el que vea, oiga, se detenga y ayude? ¿O lo seréis vosotros?

Jesús nos dio la contraseña: "Ve, y haz tú lo mismo". Cuando obedecemos esa indicación, a nuestra vista eterna se abre la visión de un gozo raramente igualado y nunca sobrepasado.

El camino a Jericó puede no estar claramente demarcado. Tal vez el lastimado no grite para que lo oigamos. Pero cuando seguimos las huellas de ese buen samaritano, vamos por el camino que lleva a la perfección.

Observemos los muchos ejemplos provistos por el Maestro: el paralítico cerca del estanque de Betesda; la mujer sorprendida en adulterio-, la mujer cerca del pozo de Jacob; la hija de Jairo; aun Lázaro, hermano de María y Marta, cada uno representaba una víctima en el camino a Jericó. Cada uno necesitaba ayuda.

Al paralítico de Betesda, Jesús le dijo: "Levántate, toma tu lecho y anda" (Juan 5:8). A la pecadora aconsejó: "Vete, y no peques más" (Juan 8: 11). A la que se acercó para sacar agua, El le ofreció una fuente de agua eterna (Juan 4:10-14). A la hija muerta de Jairo le dio la orden: "... niña, a ti te digo, levántate" (Marcos 5:41). A Lázaro le dijo las memorables palabras: "Lázaro, ven fuera" (Juan 11:43). Bien podríamos preguntarnos: "Estos relatos son sobre la vida del Redentor del mundo. ¿Podría acaso suceder una experiencia tan maravillosa en mi propia vida, en mi camino a Jericó?"

Mi respuesta es un resonante "sí,.. Quisiera compartir dos de tales experiencias: primero, el relato de alguien que fue lastimado y ayudado; segundo, la lección que aprendió alguien que viajaba por el camino a Jericó.

Hace algunos años falleció uno de los hombres más amados que hayan favorecido la tierra. Se llamaba Louis C. Jacobsen. El ministró a los necesitados, ayudó a los inmigrantes a encontrar trabajo y habló en funerales más que ninguna otra persona que yo haya conocido.

En cierta oportunidad Louis Jacobsen me contó acerca de su niñez. El era hijo de una pobre viuda danesa. Era bajo, nada atractivo en apariencia, fácil presa de las insensatas bromas de sus compañeros. Una mañana en la Escuela Dominical, los niños se burlaron de sus pantalones remendados y su vieja camisa. Demasiado orgulloso para llorar, el pequeño Louis se escapó de la clase deteniéndose al fin, falto de aliento, para sentarse y descansar en el borde de la acera de una calle de Salt Lake City. El agua clara corría en la unión de la calle con la acera. Louis tomó de su bolsillo un papel que contenía el programa de la lección de la Escuela Dominical, y habilidosamente formó un botecito, que puso a flotar en el agua. De su herido corazón de niño salieron las resueltas palabras, "Jamás volveré".

Súbitamente, a través de sus lágrimas Louis vio reflejada en el agua la imagen de un hombre grande y bien vestido; se dio vuelta y reconoció al superintendente de la Escuela Dominical.

"¿Puedo sentarme contigo?", le preguntó el bondadoso líder. Louis dijo que sí con la cabeza. Y allí, en aquella acera se sentó un buen samaritano que administró consuelo a alguien que realmente lo necesitaba. Junto con la conversación, varios botecitos fueron armados y puestos a flotar corriente abajo. Finalmente, el líder se paró, y con la mano del niño fuertemente apretada en la suya, regresaron a la Escuela Dominical.

Con el tiempo, Louis mismo presidió esa Escuela Dominical. Durante toda su larga vida de servicio, jamás dejó de reconocer al viajero que lo había rescatado en su camino a Jericó.

Cuando me enteré de aquella experiencia, recordé las palabras de un poema:

*Estaba solo, de pie en la encrucijada,
Con la cara por el sol iluminada.
No pensaba en la gente, para él desconocida,
Se preparaba para la carrera de la vida.
Uno de los caminos tenía que elegir,
Mas el joven no sabía cuál de ellos seguir;
En la duda, el que iba hacia abajo escogió,
Y la carrera y corona del vencedor perdió.
En la terrible trampa fue al final a caer
Porque allí no había una mano amorosa
Que le indicara el camino que debía escoger.
Otro día, en la misma encrucijada,
Otro joven con ideales se encontraba;
El también para correr se preparaba,
También él el buen camino procuraba.
Esta vez había alguien que conocía el lugar
Y le indicó el sendero por donde debía tomar
Y Así, el joven el mejor camino siguió
Y la carrera y corona del vencedor ganó.
Y Hoy por el buen sendero él puede caminar
Y Porque allí había una amorosa mano
Y Que camino correcto le pudo indicar.
(Traducción libre.)*

Quisiera relataros mi primera experiencia en un camino personal a Jericó. Cuando tenía diez años se aproximaba la Navidad y yo anhelaba un tren eléctrico, con el deseo que sólo puede tener un niño; lo que quería no era el tren económico y común de cuerda, sino uno eléctrico. Eran los tiempos de depresión económica; pero mis padres, con gran sacrificio, estoy seguro, me presentaron en la mañana de la Navidad un hermoso tren eléctrico.

Pasé horas operando el transformador, mirando cómo la locomotora tiraba de los vagones y haciendo que fuera marcha atrás después.

De pronto, mi madre entró al cuarto y me dijo que había comprado un tren de cuerda para Marcos, el hijo de la viuda que vivía calle abajo; al oírla le pedí que me lo mostrara. La locomotora era corta y nada vistosa, muy distinta de la hermosa línea del tren que yo había recibido; sin embargo, vi que este tren tenía un vagón de petróleo que el mío no tenía, y la envidia me abrumó. Tal fue el alboroto que hice que mi madre sucumbió a mis súplicas y me entregó el vagón de petróleo, diciéndome: "Si crees que lo necesitas más que Marcos, quédate con él". Sin remordimiento, lo tomé y enganché a mi tren, quedando muy satisfecho con el resultado.

Más tarde, mamá y yo tomamos el resto del tren y lo llevamos a la casa de Marcos, que era un niño un año o dos mayor que yo- él jamás había esperado recibir un regalo similar, y no tenía palabras para expresar su agradecimiento. Le dio cuerda a la locomotora, que no era eléctrica como la mía, y se llenó de alegría al mirar cómo el tren marchaba por la vía.

Sabidamente mamá me preguntó: "¿Qué piensas del tren de Marcos, Tommy?". Entonces, me invadió un sentimiento de culpabilidad y comprendí mi egoísmo; en seguida le dije a mamá. "Espera un momento; en seguida vuelvo".

Corrí a casa tan rápido como mis piernas pudieron llevarme, tomé el tanque de petróleo y además otro vagón de mi propio tren, y corrí de regreso a la casa de los Hansen donde le dije alegremente a Marcos: "Nos olvidamos de traerte dos vagones que pertenecen a tu tren". El chico agregó los dos vagones al tren, y yo observé mientras lo ponía en marcha por la vía; en ese momento sentí supremo gozo, difícil de describir e imposible de olvidar.

Después, mamá y yo salimos de la casa de Marcos y volvimos a la nuestra. Aquella que con su mano puesta en la de Dios, entró en el valle de sombras para traerme a través del puente de la vida, me tomó de la mano y juntos regresamos al hogar por nuestro camino privado a Jericó.

Algunas personas recuerdan a mi madre por sus recitados, otras por su música y canto, por sus buenas obras, o por los relatos que contaba; pero yo la recuerdo especialmente por aquel día en que juntos viajamos por nuestro camino a Jericó donde, como el buen samaritano, encontré la oportunidad de ayudar a alguien.

Mis hermanos y hermanas, todos podemos encontrar corazones que alegrar, buenas obras que llevar a cabo y preciosas almas por salvar. El enfermo, el cansado, el hambriento, el que tiene frío, el lastimado, el solitario, el viejo, el perdido, todos gritan desesperados pidiéndonos ayuda.

Los carteles que hay en el camino de la vida invitan tentadoramente al caminante: por aquí se va a la fama-, por ahí al dinero; por allá al lujo. Haced una pausa en la encrucijada antes de continuar vuestro camino. Escuchad esa voz apacible y suave que tan dulcemente nos dice: "Ven, sígueme. Este es el camino a Jericó". Que cada uno de nosotros pueda seguirlo a lo largo del camino a Jericó, ruego en el nombre de Jesucristo. Amén.